



## Final de "Tertulia" y explicación al director

Querido Emilio Romero: No puedo más. Perdona esta explosión, pero físicamente creo casi imposible continuar "Tertulia". No me gusta. La escribo cada semana contrariado. Veo que responde mal, premiosamente, a su idea teórica, que parecía buena. Mejor es cortar por lo insano. (Intento precisamente tomar esta decisión en la semana en que era quizá más fácil escribir una buena tertulia, que tendría que elegir entre tres temas bien sugeridos: la inauguración de la Exposición de óleos de José Miguel Serrano, que reuní a una brillante representación del plural mundo madrileño; la "edición" del diario oral "Arévalo", que tan brillantemente pilotaste desde su dirección, y a la que no hago sino aludir por suponer que tendrá glosa en otro lugar de este mismo número, y, anoche mismo, la gran tertulia a la que tuve ocasión de asistir en casa del joven maestro Morañeda, nada menos que con la presencia de Suzy Solidor, la duquesa de Almazán, Carmen Rocamora, los condes de Pamplona, Luis Escobar, Viudes, Serrano y otras muchas gentes, entre las que estaba la supervedette francesa Janine.)

Esto de las secciones, querido Emilio, y tú en plena juventud llenas ya experiencia, es capítulo muy misterioso en la vida de las letras. Piensas una sección, la ves muy clara en teoría y luego te falla aparatosa en su realización. Por el contrario, otras veces te encuentras forzado a hacer aquello cuyos contornos aparecen confusos e incluso antipáticos y cuando te pones a ello va todo como la seda. Creo yo que las secciones son como las mujeres: no cabe teoría con ellas ni hay cáculo posible. Necesitas meterle de cabeza en el asunto para salir escaldado o encontrarte encantado de la vida. Claro que le sobra a uno—es la única riqueza que al escritor le dan los años—oficio suficiente para mantener incluso con decoro aquello que le revienta, y en este sentido podría estar haciendo "Tertulia" un año entero sin que nadie notase demasiado esta desgana, este como asco que me invade cada lunes a las nueve de la mañana para dictar las cuartillas que el ciclista de PUEBLO viene a recoger a las diez en punto. Pero ¿merece la pena ese sacrificio? Cada día tengo menos afición a sacrificarme. Lo admito, eso sí, pero entre las virtudes que me gustan más reconozco en los demás. Si a los cincuenta años, y dentro de lo que cabe, el escritor no sabe elegir su libertad, se convierte en lo que se parece más a un camello. Líbrame, pues, del camellismo.

Desde que abandoné el "Diario íntimo"—que he seguido haciendo para mí—he recibido infinitos testimonios de una gran masa lectora que no estaba conforme por este abandono. A mí casa, lo mismo que a PUE-

BLO, han llegado desde todos los puntos de España no menos de cien cartas preguntando por qué interrumpía esta comunicación a la que la gente se había acostumbrado. Cada amigo que encuentro me dice lo mismo. Tú eres testigo presencial de una buena parte de esta constante pregunta: "¿Por qué no quiere usted hacer el "Diario"?"

Yo había interrumpido su publicación periódica por varias cosas que creía razones. Primero, porque siempre he sido partidario—otra semejanza con el amor—de dejar las cosas en tiempo aún verdes y vivientes, no de agotarlas, no de insistir en ellas demasiado, no de devoriarlas al extremo de que puedan ser ellas las que le dejen a uno por cansancio o fastidio. Segundo—te hablo sin pedantería y como si se tratara de otro—, porque su éxito, que no esperaba cuando lo empecé, me parecía que me robaba la atención para otras cosas, y me gusta más vencer por lo difícil que por lo fácil. Veía el peligro de que, gustando una especie de chismorreo y una permanente riqueza episódica de cosas pequeñas, se disipara la atención que quiero para mis artículos y libros. Tercero, que me empezaba a inquietar el fácil y excesivo control público de todos o casi todos mis pasos, y vivía en el temor—aunque frecuentemente lo advertía—de caer aparentemente en una especie de divismo, de yoismo forzoso e irremediable en este género. Tenía muchos seguidores cordiales en el "Diario", pero también tuvo sus detractores, todos unidos en un reproche que yo no podía evitar: "¿Por qué habla siempre de usted mismo?" ¿Y de quién habla yo de hablar en un "Diario íntimo"? ¿Del alcalde?

Pesado a distancia y con cierta calma y objetividad el asunto, sus pros y sus contras, creo que no sólo es más grato para mí escribir el "Diario" que "Tertulia", sino que a los lectores les gustaba más aquél, que es una sección con muchas más posibilidades, más rica y más completa, aun considerando fríamente sus irremediables males inherentes, irremediables más todavía al querer, como yo quise y quiero, escribir un reflejo realista y directo dentro de la vida que pasa y no una elucubración caprichosa, una explosión de pensamiento y de sentimientos, sin reflejo exterior, mejor aún: sin que venga la inspiración de fuera adentro, no al contrario. O sea que, aunque a muchos sin duda no les parezca bien, yo sigo creyendo que a la larga es mucho más importante decir con quién tomo café que mi opinión sobre el Mau-Mau, que sólo tendría justificación si yo viviera en Kenia. De modo que si tú no mandas otra cosa, porque soy ante todo buen soldado en lo profesional y creo que donde manda capitán no manda ni debe mandar marinero, dejo "Tertulia" apenas nacida y continuaré el "Diario íntimo" desde el próximo lunes hasta que tú digas que basta, que ya está bien de que vaya a visitar a Baroja o de que venga a casa Marino Gómez Santos.

Otra cosa: habrá que cambiar la fotografía en caso de que tú aceptes el cambio. Llevo un año sentado en el brazo de ese sillón, junto a la chimenea, y se me han dormido las piernas, lo cual puede ser peligroso para aquellos que sospechen que me valgo de un pie en estos menesteres de escribir. En fin, tú dirás. Tú decides. Piénsalo y dame órdenes. Creo que la independencia mejor entendida es la aceptación de servicio, y a pesar de todo lo dicho anteriormente, si tú crees que debo seguir con "Tertulia", sígo, y si a ti te parece que escriba cada día mi impresión personal sobre la guerra de las Galias, la escribiré.

Un fuerte abrazo de tu amigo y viejo compañero.

César GONZÁLEZ-RUANO

NOTA.—Dada la extensión de esta carta y de que la vida no está para bromas, te ruego que des órdenes a nuestra simpática cajera de que considere estas líneas como un artículo a efectos administrativos.

N. de la D.—Nuestro ilustre colaborador César González Ruano nos envía esta carta, que publicamos por dos importantes motivos: Primero, por que, evidentemente, conviene que los numerosos lectores de César González Ruano estén bien informados de los argumentos que expone el escritor, algunos de ellos bastante razonables, para pedir el cambio de su sección. En segundo, para dar satisfacción a la, sin duda, sería posdata que acompaña a su carta.

César González Ruano podría hacer una "Tertulia" todos los lunes que tuviera un interés excepcional. Lo que ocurre es que César tiene encima esos cincuenta años que tanto le pesan y aleccionan y prefiere ya el dato periodístico menor a la gran sensación periodística. Nuestra tristeza, desde dentro, consiste en no haber cogido vivo a César González Ruano para hacer "Tertulia" hace treinta años. No queremos embriagar al escritor, dentro del respeto que nos merece la independencia de todo hombre de pensamiento. Cualquier cosa que haga para este periódico nos parecerá interesante. Queda, pues, en libertad César González Ruano para volver a su "Diario", con el único ruego por nuestra parte de que incorpore mucha gente a sus actividades, siempre que en ningún momento sacrifique esa relevante institución de su vida social que se llama "los Labrada".

8 Enero 1954  
PUEBLO